

La esperanza de Erin

El fin y los medios

Publicado por primera vez en 1897

“Antes de la conquista, el pueblo irlandés no sabía nada de la propiedad absoluta de la tierra. La tierra pertenecía a todo el sept ⁽¹⁾, el jefe era poco más que el miembro administrador de la asociación. La idea feudal que llegó con la conquista estaba asociada al dominio extranjero y hasta el día de hoy nunca fue reconocida por el sentimiento moral de la población”.

En estas pocas palabras, John Stuart Mill, el estudiante imparcial, parece encontrar la clave que desenreda toda la maraña de la política irlandesa. Los políticos modernos, tanto en la parte inglesa como en la irlandesa, han hecho lo sumo por familiarizar a la opinión pública con la creencia de que la cuestión irlandesa surge exclusivamente de la aspiración del pueblo irlandés a tener un control completo sobre la administración interna de los asuntos de su país, que es posible ejercer este control mientras la oficina del gobierno está localizada en Westminster, y que, por tanto, para solucionar esta cuestión es necesaria alguna forma de autogobierno como, por ejemplo, el Home Rule del señor Gladstone, de esta forma se conjurará para siempre el agitado espíritu del descontento irlandés. De acuerdo con esta exposición luminosa (?) de la historia irlandesa, debemos creer que las dos naciones durante setecientos años han estado inmersas en una guerra incesante, que un país (Irlanda) durante todo ese tiempo estuvo obligado a presenciar la matanza despiadada de sus hijos por el hambre, la peste y la espada; que cada generación ha presenciado sucesivamente una renovación del conflicto y el renacimiento del martirio, hasta que la mente sensible retrocede de un examen de la historia irlandesa como de los registros del desorden y todo, en verdad, porque los irlandeses y los ingleses no fueron capaces de llegar a un acuerdo sobre la forma de administración política que más convenía a Irlanda.

Si esta nueva lectura de la historia irlandesa fuera cierta, el extranjero inteligente podría disculpar un nivel tan bajo de inteligencia de las dos naciones, que durante setecientos años no han evolucionado hacia una solución satisfactoria de una cuestión tan simple. Precisamente el mismo bajo nivel podría seguramente aplicarse a los perspicaces dirigentes de los partidos políticos ingleses e irlandeses, que hoy satisfechos trotan sobre el aborto desacreditado del Home Rule como una remedio soberano para la miseria de Irlanda.

La cuestión irlandesa tiene, en realidad, una fuente mucho más profunda que una simple diferencia de opinión sobre las formas de gobierno. Su origen real y el significa interno residen en las circunstancias que las dos naciones enfrentadas sostuvieron ideas básicamente diferentes sobre la cuestión tan vital de la propiedad de la tierra. Una reciente investigación científica de eminentes sociólogos como Letourneau, Lewis Morgan, Sir Henry Maine y otros, ha demostrado ampliamente que la propiedad común de la tierra formaba la base de la sociedad primitiva prácticamente durante cada siglo. Pero, mientras que, en la mayoría de los países ahora llamados civilizados el comunismo primitivo desapareció casi totalmente antes de los albores de la historia, y no tuvo tiempo de adquirir un estatus superior del que le confería la autorización social de tribus indoctas e incultas. En Irlanda, el sistema formaba parte de las organizaciones sociales bien definidas de una nación de sabios y estudiantes, reconocidos por Chief y Tanist, Brehon y Bard, como el principio inspirador de su vida colectiva, y la base de su sistema nacional de jurisprudencia. Este hecho tan destacado, por supuesto, se interpretará de muchas maneras, según el temperamento y las simpatías políticas y

étnicas del lector. El partidario del orden social existente lo considerará como una prueba de la incapacidad irlandesa de asimilar ideas progresistas y, sin duda, afirmará confiado que esta incapacidad es la fuente real de la miseria de Irlanda, ya que ha incapacitado a sus hijos para la lucha competitiva por la existencia, y así condenados de antemano a la suerte de taladores de bosques y cobradores de agua.

Etapas de desarrollo

El estudiante de sociología apasionado, que cree que el progreso de la raza humana a través de distintas etapas económicas de comunismo, el esclavismo, el feudalismo y la esclavitud asalariada, no ha sido otra cosa que la preparación de un futuro orden social superior, en el que están la mayoría de los países industrialmente desarrollados pero, aunque con frecuencia inconscientemente, desarrolla las condiciones sociales que, desde la ruptura del comunismo tribal universal, se ha presentado históricamente necesario para la inauguración de un nuevo orden económico y más justo, en el cual, no se conocerán el antagonismo social, político y nacional, quizá considere la adhesión irlandesa a la propiedad de clan como una fecha comparativamente reciente como el siglo XVII, como una prueba del retraso de desarrollo económico, y por tanto, el verdadero obstáculo del progreso. Pero el estudiante de historia comprensivo, que cree en la posibilidad de una población por intuición política anticipándose a las lecciones que posteriormente les revelaría la triste escuela de la experiencia, no estará poco dispuesto a unirse al ardiente patriota irlandés en sus profusas expresiones de admiración por la sagacidad de sus antepasados celtas, que presagiaron en la organización democrática del clan irlandés la organización más perfecta de la sociedad libre del futuro.

La cuestión central

Cualquiera que sea la interpretación verdadera de la historia irlandesa, uno hecho al menos es claro e innegable, a saber, que el conflicto entre los sistemas rivales de propiedad de la tierra fue el punto que centró todas las luchas y rebeliones de las que es tan prolífica la historia. El irlandés trató a sus gobernantes ingleses con una hostilidad empedernida, en todas las épocas acumuló promesas de incorporación dentro del marco de la constitución, y asciende con entusiasmo bajo sus respectivos jefes, porque consideran esto como la cuestión más importante, porque a sus ojos, el dominio inglés y los parlamentos en Dublín del mismo modo eran identificados como los introductores y sostenedores del sistema de feudalismo y propiedad privada de la tierra, frente al sistema celta de clan o propiedad común, que ellos consideraban, y, pienso que correctamente, como la garantía de su libertad política y social.

El gobierno inglés también fue lo suficiente astuto para percibir que el sometimiento político o nacional de Irlanda no tenía en absoluto valor para los conquistadores mientras la nación sometida políticamente mantuviera su posesión de la libertad económica. Por consiguiente, encontramos que la primera estipulación que hicieron a la tribu irlandesa sobre su sumisión siempre proporcionó que las tierras de la tribu fueran consideradas propiedad privada del jefe; que, por tanto, él debería aceptarlas como un donación de la corona, y que debía mantenerlas en el futuro, que debería renunciar a su título irlandés, que le proclamó como el jefe elegido libremente de una comunidad libre, y que en su lugar debería aceptar un título inglés, como duque o conde, y todas aquellas cosas que conforman las ideas inglesas de civilización y orden social. Todas estas estipulaciones eran en última instancia repugnantes para las ideas irlandesas. El jefe,

como observa correctamente Mill, era el administrador de la asociación tribal, aunque ante una situación de constante guerra normalmente limitaban su elección a los miembros de uno o dos familias, nunca se renunció al derecho de elección por los hombres de la tribu. Cuando las tentaciones del oro inglés se acabó con el patriotismo del jefe irlandés y consiguió que aceptara el sistema extranjero de propiedad y el título extranjero (como en el caso de Art O'Neill y Nial Garbh O'Donnell, el O'Reilly de la Reina y el Maguire de la Reina), inmediatamente eligieron a otro jefe en su lugar, y desde ese momento el desafortunado renegado se convertía en un proscrito de su propio pueblo y, sólo podía aparecer por su territorio natal escoltado por lanzas inglesas.

El sistema septal

El sistema irlandés estaba así a la par con aquellas concepciones de derechos y deberes sociales que encontramos las clases dominantes hoy denunciando tan ferozmente como "socialistas". Aparentemente inspirado por el principio democrático de que la propiedad pretendía servir al pueblo, y no por el principio tan universalmente aceptado en la actualidad, es decir, que el pueblo no tiene otra función en la vida que ser esclavos de aquellos por la fuerza o el fraude han conseguido la propiedad. En realidad, ellos consideran todas las formas de propiedad productiva por derecho pertenecientes a la comunidad, pero cuando recordamos que sólo la tierra en aquel momento tenía importancia, todas las demás formas de propiedad en comparación son insignificantes, vemos que eran tan socialistas como el desarrollo industrial que requería su época. La civilización inglesa contra la que ellos habían luchado era, por un lado, totalmente individualista y, cuando eso triunfó, estamos recogiendo hoy los frutos en las luchas industriales, las depresiones agrícolas, la mala vivienda y otras instituciones gloriosas como la Iglesia y el Estado que se permiten el lujo de disfrutar en común con nuestros conciudadanos en su "porción integral del Imperio Británico". Los resultados del cambio en la vida nacional de Erin están bien ilustrados en las palabras desdeñosas con las que Aubrey De Vere apostrofa la "nueva raza" de explotadores que surgió entonces:

*“Los jefes de Gad eran la encarnación del pueblo;
Los jefes eran las flores, el pueblo las raíces.
Sus conquistadores, los normandos, honorables y de alta cuna,
Los irlandeses maduros por fin de la cabeza a los pies;
Y vosotros, vosotros sois mercenarios y sátrapas, no nobles.
Vuestros esclavos os detestan, vosotros amos, ellos desprecio;
El río vive, pero las burbujas teñidas por el sol
Pasan rápidamente, hacia los rápidos que incesantemente corren.*

La lucha nacional

La ruptura de la Confederación Kilkenny ⁽²⁾ en 1649 y la consiguiente dispersión de los clanes irlandeses, fue la causa inmediata de esa confusión de pensamiento y aparente ausencia de franqueza en el objetivo que hasta el día de hoy ha caracterizado toda la política moderna irlandesa. Privado de cualquier forma de organización social o política que pudiera servir como una base efectiva para su realización práctica, la reivindicación de la propiedad común de la tierra, naturalmente, cayó en desuso hasta el momento de la conquista de algunos forma de libertad política permitiera a los irlandeses desposeídos sustituir por la asociación tribal la concepción más amplia y completa de una nación irlandesas como depósito natural y guardián de la herencia del pueblo. Pero cuando el

proceso de fusión de un sometimiento común se soldó una vez más a los elementos heterogéneos de la sociedad irlandesa en una nacionalidad compacta, se encontró que en el ínterin una nueva clase surgiera en la tierra, una clase que, mientras ultranacionalistas confesos en sus objetivos políticos, sin embargo, capitularon ante el enemigo al aceptar el sistema social extranjero, con sus manifestaciones, la desposesión legal y la dependencia económica la vasta mayoría de la población irlandesa como parte del orden natural de la sociedad.

Ascenso de la burguesía

La clase media irlandesa, que entonces por virtud de su posición social y educación dio un paso al frente como líderes patriotas irlandeses, poseía su único estatus en la vida política a dos causas totalmente diferentes y en apariencia antagónicas. Su riqueza procedía de la forma en la forma en que habían ideado para adaptarse en un lugar en la vida comercial del “enemigo sajón”, asimilando sus ideas y adoptando sus métodos, incluso con frecuencia demostraron lo más despiadado de las dos caras al llevar hasta sus límites máximos su poder de explotación. Su influencia política derivaba de su disposición en todo momento a prestar servicio a la causa de la nacionalidad irlandesa, con su fraseología que simplemente significaba transferir la oficina de gobierno de Londres a Dublín, y la consiguiente transferencia de los bolsillos propios y de sus familiares de alguna porción de los emolumentos legislativos y las ganancias de los abogados entonces, como en la actualidad, extendido entre los Cockneys. Con estos hombres al timón no es extraño que los partidos patriotas de Irlanda siempre terminarán en un desastre. Empezando por la aceptación de un sistema social detestable ante las mejores tradiciones del pueblo celta, después abandonaron por imposible la consecución de la independencia nacional. Pero el primer acto que puso el sello a su probación del sistema basado en el robo de sus conciudadanos, y con el segundo ligaron el destino de su país al del Imperio, en la humillación de aquellos gobernantes piratas ubican la única oportunidad del pueblo irlandés de redención nacional y social.

Como compensación por esta flagrante traición, los políticos de clase media ofrecen el Home Rule. Analizar con exactitud que concede a Irlanda el Home Rule es una tarea algo difícil, ya que cada uno lo interpreta a su propia manera y según su propia inclinación particular. Quizás la mejor forma, y en cualquier caso la que menos ofrece objeción, será considerar cómo Gladstone introduce el Home Rule. Como este plan representa el sumo de la capacidad digna de estadista de Parnell, con una falange sólida de ochenta y seis miembros tras de sí, pudo liberarse del temor o favor del liberalismo inglés, seguramente suficientemente salvo para asumir que ningún otro organismo político de Irlanda se probable que mejore esta concesión con una alianza de las grandes fracciones que vigilan los intereses de las clases poseedoras inglesas. El Home Rule proponía establecer en Irlanda una legislación interior que sería cuidadosamente desprovista de todos aquellos poderes y atributos que por el consentimiento común de los pueblos civilizados está relacionado con lo que bien pertenece a la esfera y funciones del gobierno; que no tendría ningún poder para controlar la diplomacia, servicio postal, comercio, telégrafos, sistema monetario, aduanas e impuestos, pesos y medidas, patentes y derechos de autor, sucesión a la Corona, ejército, armada, milicia o voluntarios.

El Home Rule. Su significado

El único resultado concebible de esta situación habría sido la creación en Irlanda de una serie de lugares de caza y funcionarios de gobierno que, seguro disfrutaban de unos buenos ingresos, siempre habrían actuado como una barrera entre la población y sus opresores. Como método mediante el cual la legislatura inglesa se podía haber aliviado de algunos de sus deberes en casa, y así haber quedado más liberada para seguir su política de saqueo y agresión en el extranjero, buscaría haber deleitado el corazón de los políticos Jingo. Que ellos eran demasiado zoquetes para ver su oportunidad es una clemencia para los demócratas irlandeses clarividentes que nunca pueden ser demasiado agradecidos.

El segundo Home Rule fue al más democrático que el primero, por tanto, el gobierno no hizo ningún intento de imponerlo sobre la Cámara Alta. El Partido Liberal inglés, el partido políticos más traidor de Europa, siempre ha tenido dos estrategias favoritas para destruir las propuestas repugnantes de reforma. La primera, calumniar sin escrúpulos y la oposición; la segunda, la aceptación teórica del principio de reforma pero, posponer indefinidamente su llevada a la práctica, continuaba con uno u otro pretexto, hasta que los corazones de los reformistas se rompían y sus organizaciones se desbarataban. La primera fue derrotada por el genio de Parnell, cómo ha triunfado la segunda se puede ver en el actual caos político que vive Irlanda.

Al darse cuenta de que, debido a sus propios méritos, el Home Rule es implemente una burla de las aspiraciones nacionales irlandesas, nuestros dirigentes de clase media han inspirado laboriosamente en la mente pública la creencia de que la llegada del Home Rule significaría el establecimiento inmediato de manufactureros y la apertura de minas, etc., en cada zona de Irlanda. Esto les parece el ideal más elevado posible, una sociedad irlandesa compuesta por empresarios que hacen fortunas y trabajadores con mucho esfuerzo a cambio de un salario semanal. Pero, por decir lo último, los hombres que hablan de esta manera puede que sean tristes ignorantes de las condiciones de la industria moderna u otra cosa, ni de las posesiones de Irlanda y de las que nunca puede poseer. Lo primero es la posesión de los medios para comprar maquinaria y materias primas para el equipamiento de sus fábricas y, el segundo, es clientes que compren las mercancías cuando son manufacturadas. Ahora, encontramos que Inglaterra, que ha tenido la iniciativa en la manufactura sobre cualquier otro país, que ha extendido su comercio y perfeccionado su maquinaria durante ciento cincuenta años al menos, que ha creado una nación de artesanos altamente cualificados, experta en todas las formas de mejora industrial, Inglaterra, el país más rico del mundo, ha llevado sus industrias a un grado de perfección mecánicas que sus clientes no pueden competir con ella. Puede suministrar mercancías de toda descripción mucho más rápidamente que el mundo es capaz de comprar y consumirlas, y como consecuencia directa de esta enorme capacidad productora, se vio obligada en pocos años a detener parcial o totalmente su maquinaria y cerrar fábricas, para descargarse de sus sujetos artesanos y obligarles a pasearse de acá para allá en una desocupación forzosa y semihumabruna hasta que llegó el momento en que lo producido es comprado y consumido por otros de sus consumidores.

Mercados limitados

Hay que tener en cuenta, y recordar también, que Alemania, Francia, Italia, Bélgica, Austria, Rusia, cada estado del continente de Europa y América, India, China y Japón, todos están entrando en la lucha, les está enseñando a luchar duro, no sólo para conseguir lo que anteriormente les proporcionaba Inglaterra, sino también para arrebatarse a Inglaterra mercados del mundo. Debemos recordar que durante todos estos siglos la gran dificultad es encontrar clientes, que la empresa ya establecida en los negocios, es

decir, el Imperio Británico, encuentra que sus clientes no pueden mantener en funcionamiento sus fábricas. También recordar todo esto, y después decidme cómo la pobre Irlanda, vaciada su savia por cada poro, con una población casi mayoritariamente agrícola y poco habituada a los procedimientos mecánicos, puede establecer nuevas fábricas y donde encuentra los clientes para mantenerlas. No puede crear nuevos mercados, después de todo este mundo es limitado, las naciones de Europa empujan su camino hacia las lejas esquinas tan rápidamente que en pocos años todo el mundo estará agotado como mercado para sus mercancías.

Fábricas explotadoras

Ir las ciudades fabriles, a los centros de construcción de barcos, a las minas de carbón, a los sindicatos o la bolsa de Inglaterra, Europa y EEUU, en todas partes, escucharéis el mismo lamento: “La oferta de algodón y cable, de herraje, carbón y barcos de todo tipo, supera a la demanda. Debemos trabajar menos tiempo, reducir los salarios de los trabajadores, cerrar nuestras fábricas, no hay suficientes clientes para mantener la maquinaria en funcionamiento”. Frente a estos hechos, el considerado patriota irlandés se aparta a un lado mientras vocifera y reconoce de buen grado que es imposible para Irlanda hacer lo que aquellos países no pueden hacer, con unas ventajas mayores, a saber, conseguir la prosperidad con el establecimiento de un sistema manufacturero en un mercado mundial ya saturado con todo tipo concebible de mercancías. También debemos recordar que incluso en las circunstancias más favorables, incluso si se produce algún milagro, fuimos capaces de cubrir los verdes campos de Erin con fábricas enormes y feas, con chimeneas arrojando volúmenes de humo venenoso y cubrir la isla con una desolación negra como el hollín, incluso rápidamente encontraríamos que en las condiciones bajo las que nació el sistema capitalista, nuestra única esperanza de mantenernos de pie como nación manufacturera dependería de nuestra capacidad para trabajar jornadas más largas y duras por un salario inferior que el de las demás naciones europeas, para que nuestra clase media pueda tener la oportunidad de vender sus mercancías a un precio más bajo que sus competidores. Esto es equivalente a decir que nuestra oportunidad de convertir a Irlanda en un país manufacturero depende de que se convierta en el peor esquirol de Europa. Incluso entonces, los esfuerzos estarían condenados al fracaso, con la llegada del hombre amarillo a la arena competitiva, el desarrollo repentino del sistema capitalista en China y Japón, se ha convertido en misión imposible el ascenso de otra nación industrial en Europa.

Pero, algunos de nuestros dirigentes nos han dicho, “si no podemos competir con otros países en el mercado mundial, al menos podemos producir para nosotros mismos”. Bajo ninguna circunstancia podemos hacer eso sin vernos abocados a un desastre tan grande como aquellos que desean escapar. Con mayores ventajas y más experiencia en el terreno que nosotros, los capitalistas de otros países pueden fácilmente vender a precio más bajo que nosotros, incluso en el mercado interno, y si para dar a nuestros manufactureros una oportunidad de adoptar protección (imposible bajo el Home Rule), el resultado sería aumentar inmediatamente el precio de todas las mercancías mientras que nadie se beneficiaría, excepto el puñado de capitalistas para cuyo interés los trabajadores irlandeses trabajarían más duro, más tiempo y pagarían precios más altos que antes.

Una vez más, dicen que necesitamos no quizá establecer industria o intentarlo, sino que podemos al menos establecer al propietario campesino, hacer que cada hombre sea el propietario de su granja, que pueda vivir, si no bajo su propia vida y hoja de parra, al menos hasta que pueda recoger sus propias patatas. En primer lugar, considerado que

este acto sería, incluso si practicable, de justicia muy cuestionable. Hacer de la tierra de un país la propiedad de una clase en mi opinión es igualmente injusto, ya tenga esa clase cien o mil miembros. La tierra de un país pertenece de derecho a la población de ese país, y no a una clase particular, ni siquiera a una sola generación de la población. La propiedad privada de la tierra por una clase terrateniente es una injusticia para el conjunto de la comunidad, pero la creación de un campesino propietario sólo tendería a estereotipar y consagrar esa injusticia porque excluiría a toda la clase trabajadores además de los millones de desposeídos de antiguos arrendatarios a quienes el dominio feudal expulsó a las ciudades irlandesas y al otro lado del océano.

Nacionalización de la tierra

Por supuesto, es manifiestamente imposible reincorporar al pueblo irlandés sobre las tierras de las que han sido expulsados, pero ese hecho sólo añade un punto más a la reivindicación de nacionalización de la tierra en manos del Estado irlandés. Después de aclarar este hecho, a un lado, sin embargo, tenemos a nuestros defensores del campesino propietario considerar realmente las tendencias económicas de la época y el desarrollo de las artes mecánicas en el mundo agrícola. El mundo es progresivo y el propietario campesino, que hace cien años podría haber sido de gran ayuda, ahora se vería impotente para salvar de la ruina la agricultura de Irlanda. La época de los pequeños campesinos, como de los pequeños capitalistas, se ha ido, y donde quiera que ellos se encuentran es imposible competir con la maquinaria mejorada y las granjas gigantes de EEUU y Australia. Mientras que una granja irlandesa es cargada con el apoyo de sus investigadores de campo durante los 365 días del año, el granjero capitalista de EEUU contrata sus “manos” a centenares durante las operaciones de cosecha, se deshace de ellos en cuanto ha completado la tarea, así reduce a una cuarta parte los gastos salariales de sus trabajadores.

La ciencia en la agricultura

¿Cómo nuestros pequeños campesinos pueden competir con una situación como ésta o cómo la revelada en el informe de la Asociación de Ciencia Social Americana, incluso en 1878? En él se dice cómo la ciencia y la invención, después de dedicar mucho tiempo a la industria, ha girado su atención a la agricultura y como resultado ha efectuado casi una revolución en esa rama de la actividad humana. Arados que, tirados por caballos, aran más de cinco acres al día, o el límite de muchas granjas irlandesas, y los arados a vapor que hacen mucho más, máquinas para sembrar, que con un niño y un caballo pueden hacer tres veces más de trabajo que un hombre, y es mucho (mejor, segadoras, con las que un hombre con uno o dos pares de caballos puede hacer el trabajo de al menos sesenta hombres con hoces, segadoras que no sólo siegan la cosecha, sino que la atan también, ahora son tan comunes en Inglaterra y EEUU que no pasan inadvertidas, y escuchamos de una buena autoridad en máquinas que siegan, destrozán, avientan y empaquetan, sin la intervención de otras manos humanas que las del ingeniero que maneja la máquina. Al segar el trigo un hombre o un niño, con un caballo y una máquina, puede hacer el trabajo de veinte hombres segando un acre en una hora.

Todo esto, hay que recordar, sólo es posible para el campesino que tiene miles de acres. El primer coste de esta maquinaria sería suficiente para arruinar al campesino medio pequeño en Irlanda y el resultado es que mientras él penosamente trabaja su granja, su competidor norteamericano puede recoger su cosecha, enviarla a miles de millas por

ferrocarril, cargarla en barcos, enviarla a través del Atlántico y finalmente venderla prácticamente a nuestras puertas tan barata como, y más barata que, nuestro producto interno. La competencia de la carne de vaca y cordero congelado de Nueva Zelanda ya ha provocado un daño incalculable al comercio ganadero irlandés, en los últimos meses he recibido información privada de la firma de un contrato con la Peninsular and Oriental Steamship Company para transportar mantequilla de los grandes ranchos de Australia a cualquier puerto de Gran Bretaña e Irlanda aun precio que arruinará a las granjas de productos lácteos de estos dos países. Mientras, para evitar que parezca una injusticia, podríamos respetar estrictamente aquellos “derechos de propiedad” de la tierra de nuestros campesinos han adquirido mediante la compra, debemos reconocer que el campesino propietario en sí mismo no ofrece ninguna esperanza de una vida libre y tranquila, ni siquiera para el campesino propietario.

Efectos de la conquista

Antes de que podamos pronosticar el futuro, debemos comprender y tener un sentido de la proporción ante nuestra revisión de la historia pasada. ¿Cuáles, entonces, son las condiciones que existen hoy en Irlanda y cuál es el resultado de ellas? Según las autoridades más eminentes que han tratado el tema del suelo de Irlanda es capaz de sostener a una población muchas veces mayor que la que ha tenido jamás sobre su superficie, pero Irlanda está en una situación hambruna crónica. Cada barco que abandona nuestros puertos va cargado con la cosecha para el consumo humano, mientras las personas cuyas fuertes manos languidecen en la miseria y la necesidad, o huyen de esta tierra fértil como si se tratara de las arenas áridas del desierto. La clase terrateniente, encaprichada con esa locura que siempre precede a la destrucción, presiona con sus rentas hasta el sumo cuarto de penique dondequiera que ellos pueden sonsacar o coaccionar una legislatura y ejecutivo demasiado complacientes que les apoya en sus exacciones. El campesino capitalista, puesto contra la pared por la tensión de la competencia, busca en vano mantener su asidero a la vida mediante una lucha incesante con el señor del suelo por un lado y la opresión despiadada del jornalero por el otro, el pequeño campesino, desprovisto de toda esperanza y futuro, se coloca desesperadamente en una situación de miseria social para la que ninguna tierra salvaje puede facilitar un paralelo; el trabajador agrícola, con sus iguales en las ciudades, toma su fuerza, su cerebro, sus capacidades física e intelectual al mercado, las ofrece a los más ricos, para que sean explotados a cambio de un salario de hambre. En todas partes reinan la suprema anarquía y la opresión, hasta un punto en que apenas te asombras de si los más ortodoxos de nosotros nos tentara el eco de decir lo que dijo el español Juan Águila después de la batalla de Kinsale: “¡Seguramente Cristo nunca murió por este pueblo!

El uso del suelo

Estas son las condiciones bajo las que hoy se soporta la vida en Irlanda. ¿De dónde proceden estas condiciones? Hay dos cosas necesarias para el mantenimiento de la vida en Irlanda, como en cualquier otro país, y son la tierra y el trabajo. Poseídos de estos dos fundamentos, la raza humano tiene a su orden todos los requisitos para el bienestar de las especies. Del trabajo extrae probablemente sus alimentos y la riqueza mineral con la que idea construir y embellecer sus habitaciones y preparar su vestimenta. Por tanto, la posesión del suelo en todas partes es el primer requisito de la vida. Concediendo esto como una proposición demasiado evidente como para hacer una demostración

elaborada, a menudo llegados a la conclusión que el suelo es tan necesario para nuestra existencia, el primer cuidado de toda comunidad bien regulada debería ser preservar el uso de ese suelo y el derecho a compartir libremente sus frutos, con cada miembro de la comunidad, presente o en perspectiva, nacido o no.

Producción para el uso

El momento en que la tierra de un país pasa del cuidado de la comunidad como un bien público, y de ser la propiedad común de todo el pueblo se convierte en la propiedad privada de los individuos, marca el inicio de la esclavitud de ese pueblo y de la opresión de ese país. Con la tierra como propiedad de individuos inmediatamente se crean dos clases antagónicas en la sociedad, una poseedora de la tierra, que existe una renta a la otra por el permiso de vivir sobre ella, y otra clase movida por el constante aumento de sus propios número para ofrecer partes cada vez más grandes del producto de su trabajo como in tributo a la primera clase, que de este modo se convierte en el amo de la vida de sus conciudadanos. Con la tierra como propiedad común de la población una cosecha abundante sería muy bien recibida como un añadido a la riqueza de la comunidad, garantizaría las necesidades de cada uno de sus miembros. Con la tierra en manos privadas, una cosecha abundante se debe vender para satisfacer las exacciones del dueño del sueño, y cuando él tintinea en sus bolsillos el resultado de la venta del producto de sus inquilinos, las familias que la cosecharon pueden perecer de necesidad. Como un crimen precede a otro, como un error grave económico provoca una cadena en serie de errores, cada uno más fructífero de desastre que el primero. Cuando la producción de alimentos para el uso público se abandonó a favor de la producción de la producción agrícola para la venta y beneficio privados, fue casi inevitable que la producción de casi todo lo necesario para vida estuviera sometida a las mismas condiciones. De este modo, encontramos que los alimentos, la ropa, la vivienda y los muebles no se producen para que la población pueda alimentarse, vestirse, cobijarse o hacer más confortable su vida, sino para que la clase que tiene la posesión de la tierra, la maquinaria, los talles y las tiendas necesarias para la producción de estos bienes esenciales, pueda tener una vida muy confortable a costa de permitir de sus conciudadanos. Si la clase terrateniente y poseedora piensa que puede conseguir una renta o beneficio permitiendo que la población se alimente, vista o se cobije, entonces los últimos lo hacen bajo la tutela de los primeros, cuando, donde y cómo los amos quieran. Si, todo lo contrario, imaginan que les pagarán mejor negar ese derecho (como hacen en cada desahucio, huelga o cierre patronal), entonces niegan ese permiso y sus conciudadanos pasan hambre, sus hijos mueren de necesidad ante sus ojos, y sus mujeres y madres languidecen en la miseria y la desgracia en lo que sus antepasados llamaron la “isla bendita”.

Fuerza de trabajo

A través de determinadas causas históricas, los trabajadores se han visto privados de todo lo necesario para mantener la vida y de este modo se ven obligados a buscar su sustento con la venta de su capacidad de trabajo, su fuerza de trabajo. El trabajador encuentra así que la condición más esencial que debe cumplir para que pueda tener una vida es la venta de esa vida al servicio y para el beneficio de otro. Que la venta por horas, días, semanas o meses es irrelevante, la debe vender o morir de hambre.

Ahora bien, el trabajador es un ser humano, con todas las fuerzas y capacidades de un ser humano dentro de él, como lo es un terrateniente, un capitalista o cualquier otro

ornamento de la sociedad. Pero cuando él se acerca al capitalista para completar ese negocio, que significa la venta de su vida poco a poco para que pueda disfrutar como un conjunto, encuentra que debe cuidadosamente renunciar a todas las pretensiones que consideraba como ser humano, y ofrecerse en el mercado siguiendo la misma ley que rige la compra o venta de cualquier mercancía inanimada y sin alma, como un par de botas, un sombrero de paja o una levita. Es decir, el precio que recibirá por esta venta por partes de sí mismo, dependerá de cuántos más estén obligados por el hambre a hacer el mismo tipo de horrible negociación.

No hay diferencia

En la misma manera que el campesino busca arrendar una granja en el mercado abierto, cada competidor busca pujar más alto que el otro, hasta que el arrendamiento se fija habitualmente de toda proporción del precio que en el futuro se conseguirá por el producto de la puja de la granja. Los agricultores encuentran que a ojos de la abundancia universal, cuando a través del mundo la Tierra arroja sus frutos en un profuso torrencial, el exceso de oferta sobre la demanda efectiva reduce el precio de lo que produce su granja, hasta que apenas reembolsa su trabajo almacenado en ella, en tiempos de escasez, cuando se podría obtener un buen precio, tiene poco que vender, sus clientes no tienen los recursos para comparar y el terrateniente o el prestamista son igual de despiadados en sus exacciones.

Como remedio para tal orden de males, el Home Rule se revela como una estupidez manifiesta. Los partidos del Home Rule ignoran la cuestión o dedican su atención a intentos vanos de parchear el sistema como reformas que cada día están más desacreditadas. El arrendatario que busca en el Tribunal Agrario una valoración judicial de su posesión, choca con la caída continua de los precios agrícolas (ayudado por los tipos ferroviarios preferenciales a favor del producto extranjero) la renta “justa” de un año se convierte en el alquiler exorbitante de otro, y el arrendatario que se vale de las cláusulas de adquisición de la Ley Agraria, se encuentra con que sólo ha escapado de la tiranía personal de un terrateniente para ver como su sangre es extraída de sus venas por la fuerza impersonal del prestamista.

Una república socialista

Enfrentados a estos hechos, el trabajador irlandés consternado une su voz a los nacionalistas intransigentes que buscan de la defensa de una república socialista irlandesa la pista del puzle laberíntico de las condiciones económicas modernas. El problema es tan serio y difícil, igual de la ignorancia personal de sus condiciones determinantes y debido a la multiplicidad de intereses creados que deben ser atacados y derrocados en cada paso adelante hacia su solución. La solución por tanto no está garantizada que sea absolutamente perfecta en todos sus detalles, pero sólo proporcionando un plan riguroso de reforma que prepare el camino para ese cambio revolucionario en la estructura de la sociedad que sólo puede establecer una aproximación a un sistema social justo.

La agricultura de Irlanda ya no puede competir con las granjas equipadas científicamente de EEUU, por tanto, la única esperanza que existe es abandonar la competencia como norma de vida, organizar la agricultura como un servicio público bajo el control de consejos de administración elegidos por la población agrícola (ya no divididos entre campesinos y trabajadores, sino ciudadanos libres con igual responsabilidad y honor), y responsable ante ellos y la nación, y con todas las ayudas

mecánicas y científicas a la agricultura, con todos los recursos de la nación a su disposición. El producto del suelo irlandés primero debe alimentar al pueblo irlandés y después de almacenar lo suficiente para garantizar las necesidades, el excedente puede ser intercambiado con otros países a cambio de productos manufactureros que Irlanda necesita pero que no es capaz de producir.

De este modo, aboliremos de un golpe la espantosa competencia extranjera y vuelve superfluo cualquier intento de crear un infierno industrial en Irlanda bajo el pretexto especioso de “desarrollar nuestros recursos”.

Aplicar a la manufactura el mismo principio social, que la organización cooperativa de los trabajadores sustituya a la guerra de clases bajo el capitalismo y transforme al propio capitalista de un cazador irresponsable del beneficio en un sirviente público satisface una función pública y bajo control público. Reconocer el derecho de todos a una oportunidad igual para desarrollar su más plena capacidad de todas las potencias y capacidades inherentes en ellos, garantizando que todos nuestros hombres y mujeres, los débiles y los fuertes, los simples y los astutos, el honesto igualmente que el poco escrupuloso, los más plenos, libres y abundantemente vida humana organizada en una sociedad que pueda conferir a cualquier de sus miembros.

Separación total

“Pero”, dirán, “esto significa una república socialista, es subversivo con todas las instituciones sobre las que se cimienta el Imperio Británico, no se puede conseguir sin la independencia nacional”. Bien, confío en que nadie me acuse de un deseo de avivar la llama de las ascuas del odio nacional cuando digo, con mi convicción deliberada y consciente, que la democracia irlandesa debería luchar decididamente después de la separación de su país del yugo que vincula sus destinos con los de la Corona británica. Los intereses del movimiento obrero de todo el mundo son idénticos, es verdad, pero también es cierto que cada país ha elaborado mejor su propia salvación en su línea más agradable a su propio pueblo.

Las características nacionales y raciales del pueblo inglés e irlandés son diferentes, su historia política y tradiciones son antagónicas, el desarrollo económico de uno no va a la par con el otro y, por último, aunque han estado en contacto estrecho durante setecientos años, los celtas hoy un problema más irresoluble a incluso el inglés más amistoso que el día en que los dos países se unieron primero a un matrimonio impío. Ningún revolucionario irlandés merece que se le niegue la sal para prestar una mano a la socialdemocracia de Inglaterra en el esfuerzo de establecer un sistema social del cual el Imperio Británico es la corona y el vértice, y de la misma manera que ningún socialdemócrata inglés reconoce claramente que el estrépito que presagia la caída de las clases dominantes en Irlanda resonaría la campana para la rebelión de los desheredados en Inglaterra ⁽³⁾.

¿Quién es el pueblo?

¿Sobre quién recae la tare de conseguir la caída de las clases gobernantes en Irlanda? Sobre el pueblo irlandés. ¿Pero quién es el pueblo? ¿Es el capitalista que busca dividendos con la fraseología de patriotismo en sus labios a costa de los explotados irlandeses? ¿Es el abogado conspirador, la más inmoral de todas las clases? ¿Es el dueño de las casuchas que denuncia el arrendamiento en el campo y lo practica en las ciudades? ¿Es cualquier otro de los sectores que hoy dominan la política irlandesa? ¿O es la clase obrera irlandesa, la única base segura sobre la que depende la nación libre?

¿Es la clase obrera irlandesa que ha aguantado lo más duro de cada lucha política y que no hay ganado nada, que hoy es la única clase en Irlanda que no tiene interés en seguir perpetuando ninguna de las formas de opresión social o política, la conexión británica o el sistema capitalista? La clase obrera irlandesa debe emanciparse ella misma, y con su emancipación debe, forzosamente, liberar su país. El acto de emancipación social requiere la transformación de la tierra e instrumentos de producción de la propiedad privada a la propiedad común de la toda la nación. Esto necesita de un sistema social con la más absoluta democracia, al establecer ese sistema social necesario la clase obrera aferrar con toda forma de gobierno que interfiera con el control sin trabas por el pueblo de Irlanda de todos los recursos de su país.

Sobre la clase obrera de Irlanda, por lo tanto, recae la tarea de conquistar la representación política de su clase como un paso preliminar hacia la conquista del poder político. Esta tarea sólo la pueden conseguir los hombres y mujeres que reconocen que la primera acción de un ejército revolucionario debe ser armonizar en principio con aquellos probable es su pasado y, por tanto, ningún revolucionario puede solicitar sano y salvo la cooperación de hombres o de clases, cuyos ideales no son los suyos, y para quienes, por tanto, pueden verse obligados a luchar en alguna etapa crítica futura del viaje hacia la libertad. A esta categoría pertenece cada sector de la clase propietaria, y cada individuo de esas clases que cree en la corrección de su posición de clase. La libertad de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera. Debemos recordar que la timidez del esclavo induce audacia al tirano, que la virilidad y franqueza de los revolucionarios siempre asusta al opresor a ocultar lo repugnante bajo el atuendo de la reforma y, de este modo, acordarse, de luchar por vuestra clase en cada momento. ⁽⁴⁾

Jornada laboral más corta

Nuestro pueblo está huyendo hacia los rincones más lejanos de la Tierra, hay que intentar retenerlo en casa reduciendo las horas de trabajo allí donde tienen el poder y apoyar cada reivindicación por la restricción legislativa. Vuestros ferrocarriles irlandeses emplean a miles de hombre, cuyas jornadas medias son de doce horas diarias. Si se limitaran a cuarenta y ocho horas semanales, se podría dar empleo a miles de irlandeses que actualmente están exiliados de su tierra natal. Promesa de cada representante irlandés apoyar una ley de las ocho horas para los ferrocarriles, si se niega sabréis cómo él considera los beneficios más sagrados que el patriotismo, y sacrificaría su país en el altar de la codicia. Nuestros ayuntamientos irlandeses y otros organismos públicos controlados por el voto popular también emplean a miles de hombres. ¿Cuál es su jornada laboral? Una media de diez horas y sus salarios sólo un poco por encima de la pobreza. Hay que insistir a los ayuntamientos irlandeses que establezcan la jornada de ocho horas en todas sus obras. Al menos no necesitarían temer la competencia extranjera. Si tienes que votar en el ayuntamiento puedes al menos ayudar a perseguir una plataforma política en todas partes donde los llamados patriotas se nieguen a cumplir este acto de justicia. Todo ayuntamiento que se niegue a instaurar la jornada de ocho horas y un salario decente para sus trabajadores, prácticamente participa de la conspiración con el gobierno británico para expatriar al pueblo irlandés, más que pagar un medio penique adicional en la libra en los impuestos. En todas nuestras ciudades, los niños de la clase obrera están agonizando por la falta de comida sana. Cuando nuestros ayuntamientos y empresas públicas proporcionen agua a la población libre de pago directo y el gasto a costa de los impuestos, entonces también proporcionar a nuestras escuelas desayunos grauitos, cenas y meriendas a los niños que allí asisten, y que se paguen de la misma fuente. No importa cuál pueda ser el carácter moral del padre,

dejemos al menos que los niños indefensos de nuestra clase no degeneren física y mentalmente, y salvar a nuestros profesores de la tarea imposible de imponer una educación a un niño con un cerebro debilitado por el hambre en su organismo. Como el siguiente paso en la organización, los ayuntamientos y organismos públicos en todas partes deberían establecer almacenes para el suministro de pan y de todas las necesidades para la vida de la población, a precio d coste y sin la intervención del intermediario. Para salvar a nuestros campesinos en apuros de la implacable sangría de nuestro sistema bancario y prestamistas en general, nuestros representantes en el parlamento deberían imponer una legislación que elimine nuestro actual sistema de billetes de banco y la supresión de todas las formas de interés, el establecimiento en su lugar de instituciones bancarias estatales, con consejos de administración elegidos popularmente, que concedan préstamos a un interés tan bajo que no provoquen la insolvencia económica.'

Cuando, además de las reformas antes mencionadas, exijamos la abolición de nuestro odioso pobre sistema de vivienda, y la imposición de un impuesto progresivo sobre los ingresos a todos los que ganen más de 400 libras al año, para proporcionan pensiones cómodas a los jubilados, al enfermo, a las viudas y los huérfanos, elevaremos el enfermo espíritu de la población, habremos basado nuestro movimiento revolucionario sobre una apreciación correcta de las necesidades, además de sobre los principios vitales de la justicia económica y la nacionalidad inflexible, como los verdaderos revolucionarios que somos, habremos puesto en acción a nuestro lado a toda la suma de las fuerzas y factores de descontento social y política. Con el uso de la urna revolucionaria el aire de Irlanda estará tan cargado con "traición", tan cargado del espíritu de la rebelión, como hoy con la hipocresía del compromiso y el pecado moral de la adulación; así pondremos las bases para una acción más efectiva en el futuro, mientras aquellos que debemos remover en nuestra marcha hacia delante, el compromiso de la revolución social llevará a la confianza de que si aplastamos las empresas que hoy viven del beneficio, cuando amanezca nuestra libertad, si han servido a nuestros conciudadanos lealmente en la hora de la lucha, ellos y sus hijos, los hijos de sus hijos, estarán a salvo frente a la necesidad y la privación durante todo el momento mediante la garantía que han recibido jamás los hombres, la garantía apoyada por toda la gratitud, los corazones leales, los cerebros y la industria del pueblo irlandés, bajo la república socialista irlandesa.

NOTAS

1.- La palabra inglesa *sept* hace referencia a la división de una familia o clan. En Irlanda se utilizaba para referirse a un grupo de personas con un apellido común y que se encontraban dentro de una localidad específica, lo que sugería un probable origen común. Posteriormente *sept* se utilizó para denominar a los clanes, aunque Irlanda no tiene un sistema de clases similar al escocés.

2. Sería aproximadamente abril de 2000 cuando recibí una llamada de teléfono mientras estaba dando clase. Al otro lado de la línea, la voz de Elisa, responsable de STEP

(Students' Travel and Exchange Programs), para comunicarme el destino como monitor de verano en Irlanda: Kilkenny, me dijo. A mí ese nombre me sonó a cerveza, para qué negarlo, pero según llegué a casa, entré en internet para informarme un poco sobre ese lugar. Y lo que vi me gustó, pero más me gustó estar allí aquel mes de julio. Y julio de 2001, y julio de 2002. Kilkenny me marcó, allí conocí amigos, amigas, gente de verdad, personas que valen mucho la pena. Porque un lugar no lo componen sólo sus edificios, sus calles, su ambiente, sino las personas que se relacionan con aquel lugar, principalmente.

Orígenes. El nombre Kilkenny proviene del gaélico Cill Chainnigh (Iglesia de Canice), un destino de culto establecido por San Canice en el siglo VI. San Canice fue un monje erudito que fundó un monasterio en Aghavoe, que posteriormente se convertiría en sede de la diócesis de Ossory en el año 1052. Ossory era un antiguo reino de Irlanda que mantenía una posición semi-independiente dentro del Reino de Leinster.

La invasión normanda. Los normandos llegaron a Kilkenny en 1170, bajo el liderazgo de William Conde de Marshall. En 1208 se crearon unos fueros con el fin de atraer pobladores y comercio a la región. Algunos de los monumentos más atractivos de la ciudad se contruyeron en esta época, como la Black Abbey, St. John's Cathedral y el espectacular Kilkenny Castle, erigido en 1260 en el lugar en el que se levantaba la primera iglesia normanda del condado. Durante este período, la ciudad de Kilkenny se dividía en dos partes separadas por el río Nore: Irishtown, cuyos fueros provenían de los obispos de Ossory; y Englishtown, bajo poder normando. Desde 1295 hasta 1365 se celebraron en Kilkenny aproximadamente 12 parlamentos, para dotar de legislación y estructura administrativa a la ciudad. El parlamento anglo-normando también comenzó a aprobar severas leyes para desanimar a los colonos ingleses a que adoptaran las costumbres irlandesas. En 1336 se aprobó el tristemente célebre Estatuto de Kilkenny, que prohibió a la población anglo-normanda que se integrase, se casasen con los irlandeses o que hablasen el gaélico. A pesar del vigor con el que se aplicó, no consiguió su objetivo de impedir que los terratenientes anglo-normandos no adoptaran determinados aspectos de la cultura gaélica.

En 1541, Enrique VIII se convirtió en el primer monarca en declararse Rey de Irlanda (en lugar de señor feudal de Irlanda). Durante todo el siglo XVI se intensificó la rebelión gaélica, en gran medida porque los obispos católicos de Kilkenny veían peligrar sus puestos de privilegio.

El período Tudor. En 1601, la armada de la reina Isabel I derrotó a los irlandeses en la batalla de Kinsale, y con la derrota del líder irlandés, Hugh O'Neill, Irlanda cayó por primera vez bajo el poder de un gobierno inglés totalmente centralista. Desde ese siglo XVI, los gobiernos ingleses hicieron ímprobos esfuerzos por imponer el protestantismo, y comenzaron una política de anglicanización que pronto se expandió por toda Irlanda.

El municipio de Kilkenny alcanzó el título de ciudad en 1609. En 1641, la Confederación Católica de Kilkenny estableció un gobierno irlandés provisional, intentando resistir a la persecución inglesa del catolicismo. La confederación estuvo en vigor durante 6 años, para muchos historiadores la edad de oro de la ciudad. La confederación representaba tanto a los católicos gaélicos como a los anglo-irlandeses y funcionaba como un parlamento irlandés independiente. En 1645, sin embargo, la

confederación se escindió en dos, y el grupo anglo-irlandés firmó un tratado con el virrey inglés, trayendo al condado la desunión y la rebelión.

Oliver Cromwell llegó a Kilkenny en 1650, con el objetivo de erradicar el nacionalismo extremista, sitiando la ciudad y expulsando a los terratenientes gaélicos del lugar y enviándolos a terrenos estériles de la provincia de Connaught (aún se recuerda la oferta de Cromwell: o al infierno o a Connaught).

En 1685 se produjo un compás de espera, coincidiendo con el ascenso al trono inglés del católico Jacobo II, lo que provocó una gran división entre las fuerzas políticas inglesas que condujeron a las guerras jacobitas en Irlanda. Los seguidores del rey Jacobo II fueron derrotados en las batallas de Derry (1689) y del Boyne (1690), y ese mismo año los seguidores del nuevo rey de Inglaterra y Escocia, el protestante Guillermo de Orange, volvieron a asumir el control de Kilkenny. Los católicos se encontraron sin los derechos políticos que se les había prometido y, con la aprobación del Acta de Destierro de 1697, todos aquellos que ostentaran algún cargo religioso se vieron obligados a abandonar el condado antes de mayo de 1698.

3.- La edición del panfleto publicada en 1968 por New Books no contiene esta última frase en este párrafo.

4.- De acuerdo con el texto entregado en Owen Dudley Edwards y Bernard Ransom (editores), *James Connolly: Escritos políticos escogidos*, el texto en esta sección es el siguiente:

Pero mientras esperamos el momento propicio hay mucho por hacer en el terreno político, trabajo que podemos realizar independientemente de la oposición del gobierno, trabajo al que puede dedicarse el pueblo irlandés, en las organizaciones públicas mientras queda un harapo de constitución. Pendiente de la total organización pública de la agricultura permitida por nuestros representantes en el parlamento, presionan para el establecimiento de depósitos rurales para la maquinaria agrícola del último modelo. Estos depósitos se crearían a costa del estado y para el uso de la población agrícola, a quien la maquinaria necesaria para una cosecha más rápida y efectiva, etc., se suministra alquilada con un coste calculado cuidadosamente para cubrir el desgaste y mantenimiento. Aprovechando todo avance política en la reivindicación de la nacionalización de los ferrocarriles irlandeses, y cuando fuera una realidad eliminar las tasas injustas que las empresas ferroviarias utilizan para perjudicar a los cultivadores a favor de los importadores extranjeros.